

# Una asignatura pendiente



EL ECUMENISMO, CUYO PROPÓSITO ES lograr la plena unidad de los cristianos, continúa siendo un proceso arduo, pero posible. El pasado mes de enero el calendario en todo el ámbito cristiano recogía la celebración de la Semana de Oración por la unidad de los cristianos.

El verdadero cristianismo no constituye una secta. La doctrina cristiana no es esotérica –tampoco su práctica religiosa–, antes bien es exotérica, debe ser comunicada al mundo con gestos y palabras, con cada acto de la vida del cristiano; al mismo tiempo que toma del mundo, y de los no cristianos también, todo lo positivo que contribuya al bien de nuestra vida. Es así como se va tejiendo “nuestra propia” historia de salvación.

Pero como proceso, como camino posible, sigue siendo difícil, o lo hacemos difícil. El lector Armando Rodríguez nos envía una carta con dos propósitos. Por un lado, sugiere para nuestra revista la creación de un espacio “con preguntas del lector y la respuesta de la redacción”, de esa manera se podrían “aclarar algunas dudas”, por ejemplo sobre los Evangelios y la Biblia en general, “para contrarrestar –este es otro propósito– a algunas personas de otras iglesias no católicas porque son muy hábiles sobre esta cuestión, por lo tanto es necesario darles una respuesta y no dormirnos en los laureles, porque a muchos de nosotros los laicos nos sorprenden con preguntas y no sabemos contestarles adecuadamente”.

La sugerencia de Armando es perfectamente posible. Sin afectar el valor de los trabajos que el Consejo de Redacción considere oportuno incluir, una sección que responda a inquietudes puntuales de los lectores en materia de Biblia, Iglesia, religiones, y en general asuntos relacionados con la fe, queda abierta para próximas ediciones. Por lo pronto, le recuerdo que el departamento de Apostolado Bíblico de esta Arquidiócesis, dirigido por el diácono Angel Alvarez, ha editado y publicado un completísimo curso sobre la Biblia que desde fines del pasado siglo se estudió en las parroquias y capillas de La Habana. Sería bueno que usted preguntara a su párroco sobre este curso en particular, y sobre otros textos que puedan ayudar a su formación religiosa.

Todo miembro de la Iglesia debe sentirse *moral y racionalmente obligado* a conocer los fundamentos doctrinales de la fe que profesa. No es tiempo de ingenuidades, más bien de ser genuinos. El cristianismo es profundamente humano porque posibilita sacar fuera lo mejor de las personas, porque es contrario al facilismo, al hedonismo y a la renuncia anticipada al esfuerzo, a la pretensión de acortar los caminos para obtener beneficios sacrificando determinados principios, a la búsqueda del placer sin tener en cuenta la ética, porque es contrario al desprecio hacia el análisis crítico y al relativismo que cuestiona los valores que dignifican al hombre; el cristianismo es, por principio, contrario a esa manifestación tan de moda que se conoce hoy como *pensamiento débil*. Sin embargo, ser bautizados no nos hace inmunes al pensamiento débil, porque *no somos del mundo, pero estamos en el mundo*. Así pues, aprender y ejercitar conscientemente los valores doctrinales de nuestra fe es un deber grave.

Pero la intención última del lector, según escribe en su carta, es “contrarrestar” las hábiles interrogantes de “personas de otras iglesias no católicas”, y esto es otro asunto. Nuestra intención única debería ser el deseo de “conocer” al Dios revelado en Jesucristo para vivir más plenamente la experiencia de fe, pero la necesidad de aprender argumentos que nos “preparen” para una interrogación sobre nuestras expresiones religiosas inquieta a no pocos católicos. Ciertamente es así, pero ¿debería ser así?

En cierta ocasión “di botella” a una persona quien, al minuto de sentarse en el carro me preguntó si yo era creyente. Había visto una pequeña imagen en metal de la Virgen, adosada a una placa magnética en la pizarra del auto. Entre mi asentimiento y su confesión de fe transcurrió

un brevísimo tiempo, seguido por lo que parecían interminables minutos de descarga crítica sobre la imagen y mi fe. Frases como *sólo el Señor salva, el Señor no quiere ídolos* porque así lo dice el pasaje tal de la Biblia, y todo un bla-bla-bla religioso, inquisitorial y agresivo, apenas me dieron tiempo para decir que como católico no adoro imágenes, que la veneración por María y los santos de la Iglesia no me apartan de mi fe en Dios, y poco más. Aquella persona no oía, no dialogaba con otro creyente en Jesús, como ella misma se confesaba en serlo, agredía.

En mis tiempos de preuniversitario compartí bastante con un joven metodista. Diría que fuimos amigos, aunque en ocasiones me turbaba con pasajes bíblicos aprendidos de memoria y con indirectas sugería que yo no estaba a “su altura”. Todavía hoy me sé muy pocos pasajes bíblicos de memoria. Sé buscar los salmos que me aquietan, las parábolas que me maravillan, las breves pero infinitas frases del Señor, degusto con placer inexplicable las cartas de Pablo, pero no creo que memorizar sea lo más importante. Me satisface grandemente saber, como miembro de la Iglesia católica, que lo más importante del Evangelio es que *Dios puede ser conocido en Jesucristo*, y lo que conozco *puedo hacerlo verdad en mi vida*, por la fe y también por la razón. Así entiendo que lo esencial no está en saberse los Evangelios, sino buscar en ellos la Verdad revelada para integrarla a la propia vida, intentar vivir los Evangelios cada día, lo que es, sin duda, mucho más difícil que aprenderse unos cuantos pasajes para restregarlos ocasionalmente en la cara de alguien. Pero atribuyo aquella actitud de mi amigo a inmadurez psicológica y religiosa.

No podría afirmar que los cuestionamientos agresivos son propios de los cristianos o creyentes no católicos. Tal actitud refleja más bien un tufo fundamentalista pseudo-cristiano que nada tiene que ver con el cristianismo. He conocido cristianos no católicos con quienes he podido desarrollar relaciones muy respetuosas. Aprecio y apoyo todo esfuerzo ecuménico que impulse la Iglesia, y me sorprenden hasta la admiración los gestos públicos de Juan Pablo II por la unidad de los cristianos: en esto nadie le supera.

Aunque creo que es bastante claro el origen del protestantismo en Europa, y se conocen con bastante exactitud las fechas de creación de otras muchas iglesias y sectas evangélicas –fundamentalmente en Estados Unidos– y sus creadores, no ha sido un tema recurrente en la Iglesia católica, ni en sus escritos, conferencias u homilías litúrgicas, descargar contra las prácticas religiosas no católicas o hacer referencia a lo que nos diferencia. Puede haber algún caso muy aislado, pero no es esa actitud la que define a la Iglesia posterior al Concilio Vaticano II.

Poner énfasis en las diferencias, en lugar de promover la esencia misma de la fe que nos une –Jesucristo– no es un modo apropiado para el diálogo y el reencuentro al que debemos aspirar *para que seamos una unidad*.

Un último ejemplo. Justo a la entrada del hermoso templo de San Nicolás inaugurado en esta Ciudad por el Patriarca Ecuménico Bartolomé I, en enero de 2004, se oferta un pequeño folleto que pretende ilustrar a los visitantes sobre la Iglesia ortodoxa. Lleva el nada ingenuo título de “Principales diferencias que separan a la Iglesia de Roma de la Iglesia Ortodoxa”, y dedica buena parte de su primera mitad a exponer verdades de la doctrina ortodoxa y unas cuantas falsedades de la doctrina católica. Aquí va un ejemplo de lo segundo: “...para los Católicos-Romanos todos los males de este mundo (se) originan de la punitiva voluntad divina y ven a Satanás mismo como instrumento punitivo de Dios”... *¡Jesús!*, diría una monja que conozco... No sé si el autor del folleto es consciente de la gravedad de esa falsedad. Si a alguien en la Iglesia se le ocurriera decir que Satanás, después de todo, no es más que un asalariado al servicio del mismo Dios, quien no sería Amor completo, sino un Todopoderoso capaz de poner trampas al hombre para condenarlo, lo menos que se diría es que tal persona ha perdido el juicio. Estoy convencido de que tal afirmación, y otras arremetidas del mismo folleto contra “sofismas” y “nociones engañosas” de la Iglesia Católica, no se corresponden con las más puras enseñanzas de la Iglesia ortodoxa, ni con el ecumenismo de Bartolomé I. ¿Por qué entonces?

El ecumenismo, y todo esfuerzo por restablecer la unidad de los cristianos, debe fundamentarse en aquello que es esencia, origen y fuente de la fe que decimos profesar: el mismo Jesucristo, así como en la buena voluntad para enderezar entuertos históricos. Los errores humanos han provocado la quiebra, y la Iglesia que Jesucristo instituyó en la unidad ha sido separada por el hombre. Poco se avanzará desde el atrincheramiento en las diferencias, menos con falsedades. Simplemente no entiendo, y lamento, tales actitudes.

El camino entonces no es atacar, tampoco contrarrestar. Eso es lenguaje de guerra, y no hay nada más ajeno al mensaje cristiano que la guerra. Es mejor plantarnos serenamente ante la eterna Verdad de nuestra fe –tesoro que llevamos en vasija de barro– y desde allí lanzar los puentes de unidad si queremos ser auténticos.

Al celebrar por estos días la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo, no deberíamos olvidar que lo hacemos divididos, desde templos distintos, por nuestra incapacidad para restablecer la unidad de la Iglesia. Mucho se ha hecho, pero falta aún mucho más. Y la urgencia no debe ser sólo de los líderes religiosos, sino de todos los que nos atrevemos a llamarnos cristianos, incluido el lector Armando, el autor de estas líneas, o el mismo responsable del extraño folleto que se vende a las puertas de la hermosa Catedral Ortodoxa de San Nicolás, construida en el jardín “Madre Teresa de Calcuta”, anejo al antiguo convento de San Francisco de Asís, bastante cerca del lugar donde se celebró la primera Misa, o primer sacrificio a Jesucristo, en la villa de san Cristóbal de La Habana. Ω